

De la teoría geopolítica a la práctica del genocidio:

La Doctrina de Seguridad Nacional y el exterminio indígena en la Amazonia brasileña

Andrés Ruggeri. Abril 2006

Mucho se ha escrito y discutido acerca de la llamada Doctrina de la Seguridad Nacional (DSN). Como es sabido, es esta concepción hegemónica en las Fuerzas Armadas Latinoamericanas entre las décadas de 1960 y 1980¹ (es decir, durante el período más álgido de la Guerra Fría) la que fundamentó las acciones terroristas de los Estados del continente en esa época, encarnada en una sucesión de brutales dictaduras militares que asolaron la región. La Escuela de las Américas, la Operación Cóndor, los campos de tortura, desaparición y exterminio y la represión generalizada son algunos de los instrumentos más conocidos de la aplicación de esta doctrina. Además del estudio en profundidad de sus características fácticas, que implican la gigantesca red de operaciones de inteligencia, contrainsurgencia, políticas económicas, sociales, culturales y represivas que la constituyeron, aun queda bastante por decir sobre el entramado conceptual en que se sustenta la DSN, en especial su relación con las teorías geopolíticas que forman la raíz del pensamiento estratégico del imperialismo norteamericano. La conexión entre la teoría geopolítica y la aplicación de estrategias basadas en la DSN en América Latina es un campo que en ocasiones se pasa por alto, a pesar de que esas concepciones están en la raíz de las manifestaciones contemporáneas de la política imperial. Las ideas geopolíticas surgidas en la primera mitad del siglo XX reaparecen como orientadoras de la política imperialista de estos primeros años del siglo XXI. Comprender su lógica permite iluminar algunos actos de la política exterior norteamericana actual.

Esta relación no es banal. En primer lugar, entenderla cabalmente es, como señalamos, crucial para dilucidar ciertas claves de la forma de pensar de los estrategas del imperio. En segundo, porque los militares, genocidas y cómplices de las fuerzas armadas latinoamericanas estudiaron y siguieron esos preceptos de la geopolítica. En tercero, porque muchas veces nosotros mismos utilizamos conceptos y términos provenientes de la geopolítica sin darnos cuenta de que expresan conceptos diseñados para la dominación imperialista; usando una noción de sentido común, algo así como “política geográfica”, de política internacional mirada con un mapa. Como veremos, es mucho más que eso. En ese sentido, es frecuente expresarse acriticamente con términos tomados de la geopolítica para describir el panorama estratégico de la América Latina de nuestros días. Sin embargo, es importante advertir que la geopolítica tradicional implica una serie de concepciones que, como mínimo, deben ser reconstruidas para su utilización por el campo popular. La geopolítica no puede ser pensada fuera de su contexto, la acción imperial, sin caer en la posibilidad de gruesos errores de concepción. Así como no se puede usar un martillo para colocar un tornillo sin forzarlo o destruirlo, sin conseguir el objetivo buscado, utilizar herramientas teóricas pensadas para la lógica imperialista solo puede llevar a imitar esa lógica. Esto no significa desechar la idea de la geopolítica, sino que es necesario comprender sus criterios básicos. El término geopolítica es de tan aparente claridad, que todo el mundo parece comprenderlo. Sin embargo, tiene implicancias y herramientas ideológicas

derivadas que sólo se entienden dentro de la concepción imperial del mundo. Es por eso que la teoría geopolítica está en la base teórica de la Doctrina de la Seguridad Nacional, y es por eso que los Estados Unidos sigue utilizando en su mentada “lucha contra el Terrorismo” las mismas herramientas, adaptadas, a las que recurrió en la Guerra Fría, pues tanto en una etapa como en la otra los preceptos básicos no han cambiado. Porque, como una regla de oro de la política asegura, no se cambia lo exitoso.

Desde otro punto de vista, puede ayudar a la comprensión de este fenómeno analizar la concepción geopolítica desde un aspecto que no se asocia frecuentemente con la Doctrina de la Seguridad Nacional, como la política expansiva sobre la Amazonia brasileña desarrollada por la dictadura militar que imperó en el Brasil entre 1964 y 1985. Entre las consecuencias de esa expansión se encuentra el exterminio de miles de pueblos indígenas amazónicos y la agresión brutal al medio ambiente, de consecuencias todavía imprevisibles sobre la ecología mundial.

La decisión de ocupar los llamados *vacíos estratégicos* de la Amazonia es reveladora de cómo la geopolítica asociada con la DSN fue una concepción global que influyó en amplios y diferentes niveles de la vida social, política y económica de los pueblos de la región y se ancló no solamente en la visión estratégica norteamericana de la Guerra Fría, sino también, y fundamentalmente, en un proceso socioeconómico de expansión de las relaciones sociales de producción capitalistas sobre zonas del planeta aun no completamente subordinadas a las mismas. El hecho de que esta expansión se halla dado bajo la particular óptica estratégica de la DSN amplificó su brutalidad y carácter genocida. Encontramos así un aspecto por lo general poco vinculado a la Doctrina de la Seguridad Nacional: el genocidio indígena del siglo XX, una de las manifestaciones más desconocidas del Terrorismo de Estado que se impuso como lógica política imperante en la América Latina de las décadas de los 60, 70 y 80 y cuyas consecuencias llegan con fuerza e influencia hasta el día de hoy.

Volcamos en este trabajo algunas reflexiones sobre esta forma ideológica de la geopolítica imperial a través de la reconstrucción del recorrido político, ideológico y económico de la DSN, desde los tratados teóricos de Haushofer, Spykman y otros hasta la Escuela Superior de Guerra del Brasil, y de cómo esas ideas se transformaron en políticas genocidas amparadas en una visión estratégica inscrita en el contexto de la Guerra Fría. Intentamos dilucidar cuáles fueron las operaciones estratégicas que, dentro de la lógica implacable de la geopolítica mundial y la lucha por la conservación de las estructuras económicas de explotación y dependencia, hicieron que los tratados teóricos de los generales pasaran a las mesas de estudio de los estados mayores y se convirtieran en políticas genocidas, capaces de borrar del mapa pueblos enteros y someter al propio a las oscuras prácticas del terrorismo de Estado. Mostrar también, que al poder concentrado le es imposible manejar todas las variables sociales que componen las complejas estructuras de las sociedades actuales y que esa misma pretensión lleva consigo el germen de su fracaso.

Por último, es importante aclarar que estas reflexiones surgen del estudio de un caso que, como antropólogo, el autor de este ensayo ha estudiado en profundidad^[2]: el del exterminio y reconfiguración como sociedad encapsulada y manipulada por los organismos indigenistas brasileños de los Waimiri Atroari, un grupo étnico amazónico del norte del Brasil. Los Waimiri Atroari tuvieron la desgracia de ocupar

el paso de una carretera cuya construcción era considerada de importancia estratégica para la ocupación de los vacíos de la Amazonia brasileña, la BR-174, que une Manaus con la frontera venezolana, y fueron exterminados por la dictadura militar, primero por la fuerza de las armas y luego por el contagio de enfermedades, tal como en la conquista europea de aztecas, incas y miles de pueblos entre los siglos XVI y XVII. Posteriormente, los sobrevivientes fueron reagrupados en una reserva que sirvió como espacio de conservación de territorio para la explotación minera y la construcción de una represa hidroeléctrica (Balbina) y convertidos en un ejemplo de gestión indigenista modelo, merced a la recuperación de la población (aquella que previamente el mismo Estado había diezmado) y programas de educación y salud. Todo lo cual aparece como muy loable, de no conocerse la historia previa y los intereses que oculta.

La dictadura militar brasileña y la ocupación de la Amazonia

La dictadura militar que se instaló en el poder en el Brasil el año 1964 significó una profunda ruptura con las políticas hasta aquel momento desarrolladas por el Estado brasileño en la región amazónica. Si bien éste había desplegado hasta entonces una política que preconizaba el avance *civilizatorio* sobre los pueblos *primitivos y salvajes* que poblaban la Amazonia, desarrollando un organismo estatal para ello, el Servicio de Protección a los Indios (SPI) -y coherentemente con esto, todo un bagaje teórico indigenista-, y alternado entre la ocupación vía exterminio y la política del tutelaje hacia las sociedades indígenas, su acción de desarrollo de grandes proyectos estatales no había influenciado demasiado el área hasta aquella fecha, concentrándose más bien en las regiones tradicionalmente importantes en la economía y la política del país.

La instalación de los militares en el gobierno, imbuidos de la Doctrina de Seguridad Nacional, significó para la Amazonia la atención prioritaria de la política de Estado. Dicha doctrina implicó, entre otras cosas, un cambio radical de la concepción estratégica del conflicto, no sólo para las Fuerzas Armadas sino para el conjunto del Estado, que pasó a identificarse con éstas. De acuerdo a la Doctrina de la Seguridad Nacional, las Fuerzas Armadas debían garantizar el dominio completo del territorio nacional frente a un enemigo que, enmarcado en la confrontación Este-Oeste, se presentaba primordialmente como un enemigo interno, que buscaba subvertir el orden establecido y dar en el Brasil -como en cada uno de los países de América Latina- la batalla correspondiente del conflicto ideológico internacional.

La DSN, impartida a los militares latinoamericanos desde fines de los cincuenta en la Escuela de las Américas que el Comando Sur del Ejército norteamericano implantó en la Zona del Canal de Panamá^[3], así como en innumerables opúsculos estudiados como material teórico en los cursos de las escuelas de guerra y a través de las enseñanzas sobre guerra contrainsurgente del ejército francés^[4], sustentó ideológicamente todas las políticas represivas que asolaron América Latina hasta mediados de los 80^[5], con especial crudeza a partir de la segunda mitad de los años 60 y distintas características de acuerdo con los países y regiones.

En el Brasil, la Doctrina de la Seguridad Nacional tuvo algunas particularidades que se vinculan a la dinámica social y política del país. Luego de la Segunda Guerra Mundial, en la cual participó en el bando de los Aliados, enviando inclusive un cuerpo expedicionario al frente italiano, el Brasil fue uno de los socios preferenciales en el cambio de política de defensa propiciado por los Estados Unidos en vista de la nueva situación internacional, sobre la que ya se cernía la Guerra

Fría. En ese marco, jugó un rol estratégico que fue recompensado con la atención prioritaria de la superpotencia hemisférica. No por casualidad fue Río de Janeiro, entonces capital del país, el lugar donde se crea el TIAR (Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca), en 1947.

Para principios de los 60, las Fuerzas Armadas brasileñas son la punta de lanza en la región del desarrollo local de la Doctrina de la Seguridad Nacional, después de una década de funcionamiento de la Escuela Superior de Guerra que, fundada en 1949 con el objeto explícito de acondicionar la teoría militar a las nuevas condiciones mundiales de la Guerra Fría, venía trabajando en la formación de los oficiales en los marcos de esa línea de pensamiento, planteándola por primera vez en su forma teórica definitiva y pública en la Primera Conferencia de Ejércitos Americanos, en el mismo 1964. La Escuela de Guerra del Brasil fue pionera en el desarrollo de la Doctrina de la Seguridad Nacional y jugó un importante papel en su difusión y adopción por el resto de los ejércitos latinoamericanos, ganándose por ese rol el apelativo de *la Sorbonne*. En ese marco, es el propio mariscal Humberto Castello Branco, uno de los principales teóricos y primer presidente del régimen de facto, quien plantea que la Seguridad Nacional no se podía separar del Desarrollo Nacional. Esta concepción particular, que hizo que la política económica de la dictadura se orientara hacia el posteriormente llamado “milagro brasileño”, multiplicando la capacidad industrial del país y realizando grandes obras de infraestructura (cuando en otros países del continente las dictaduras no hicieron otra cosa que desindustrializar, endeudarse sin invertir y abrir las economías sin mediaciones a los capitales extranjeros, especialmente norteamericanos), sustentó también una geopolítica en la cual la ocupación plena y efectiva de la Amazonia jugaba un papel esencial. Para esos militares, la región amazónica no sólo debía ser incorporada como territorio nacional pleno, sino que tenía una función fundamental en aquel desarrollo que vinculaban tan estrechamente con la Seguridad Nacional. En las hipótesis de conflicto elaboradas en la Escuela de Guerra se consideraba a la Amazonia como un lugar vulnerable en la estrategia continental y nacional, donde los *espacios vacíos* (para ellos, prácticamente toda la región) eran un lugar a fortalecer, tanto mediante la ocupación militar como la explotación económica y el poblamiento. Si bien esta idea reconoce antecedentes en la política de las élites brasileñas con respecto a la conquista del territorio que ocupará el Estado-Nación, es aquí cuando se termina de formular en el sentido de una geopolítica coherente con las concepciones estratégicas de la Guerra Fría y las políticas hemisféricas de contrainsurgencia y Seguridad Nacional, produciendo una ruptura en la línea seguida hasta ese entonces por la élite de poder.

Esta concepción reconoce además antecedentes y, seguramente, una orientación básica, en la renovación que la administración Kennedy hace de la política estratégica de los Estados Unidos hacia América Latina como consecuencia de la Revolución Cubana, encarnada en la denominada *Alianza para el Progreso*. La *seguridad* y el *desarrollo* internos ingresan a la política de la Guerra Fría ante la evidencia de que la disuasión militar dirigida a los soviéticos no tenía influencia alguna en las insurrecciones de masas, como ya probaban las experiencias de Cuba e Indochina. Si el conflicto político y social interno a cada nación latinoamericana era una expresión del conflicto global, combatirlo desde cada Estado era un deber de defensa nacional y una contribución al esfuerzo general de la guerra contra el comunismo.

La seguridad nacional como variante de la geopolítica occidental

Uno de los más siniestros personajes de la dictadura, signado como uno de los conspiradores principales del golpe de 1964, fundador del Servicio Nacional de Informaciones (SNI)^[6], personaje protagónico de las clases de *la Sorbonne* dictatorial y hombre fuerte en varias etapas de la larga estadía de los militares en el poder, el general Golbery do Couto e Silva, fue uno de los más claros expositores de esta línea de pensamiento, a través de un libro que influenció generaciones de oficiales del Ejército: *Geopolítica del Brasil* (1967). Golbery plantea no sólo el lugar central de la Seguridad Nacional (y con ella el combate a un enemigo interno de difusa definición, que se vuelve precisa en cuanto se corporiza en la oposición política y social) y la necesidad de la ocupación de los *vacíos*, sino también la consecuente asociación de esta política con la seguridad hemisférica, o sea, la alianza estratégica con los EE.UU. Es con esta concepción con la cual se cierra el círculo geopolítico de la Seguridad Nacional y queda claro que la misma es indivisible de la toma de partido en la confrontación Este-Oeste y la necesaria contextualización de todo conflicto interno, inclusive los propios de la estructura social desigual del país, como un capítulo más de la conflagración mundial. A su vez, esta toma de posición en la geopolítica mundial le confiere al Brasil un papel renovado en la misma, donde el expansionismo de las FF.AA. brasileñas obtiene un vía libre para sus diversas hipótesis de conflicto, inclusive las más fantásticas.

Nace así una estrategia de tres puntas, mediante la cual la dictadura brasileña pensaba asegurarse la condición de aliado privilegiado de los EE.UU. en América del Sur, desequilibrando a su favor la competencia histórica con la Argentina: la ocupación de la Amazonia, la política de “fronteras abiertas”^[7] y la formación de un escudo defensivo de un supuesto ataque por el sur a las potencias occidentales (para lo cual Golbery propone una alianza de estados reaccionarios del hemisferio sur, con Sudáfrica y otras dictaduras latinoamericanas)^[8]. Estas ideas que plantea Couto e Silva no son ajenas a ciertos aspectos de la tradición de la política exterior del Brasil^[9], ni tampoco a las líneas estratégicas que algunos norteamericanos pensaron para la región. Como señalara el brillante periodista y político boliviano Marcelo Quiroga Santa Cruz, víctima a su vez de la Doctrina de Seguridad Nacional en su país^[10], Golbery se consideraba discípulo del geopolítico estadounidense Nicholas John Spykman^[11], y proponía en ese sentido que “la alianza (con los EE.UU.) debe traducir el real reconocimiento de la estatura del Brasil en esta parte del Atlántico”.^[12]

Estas ideas, a las que desde las ciencias sociales se les han asignado relativamente poca importancia, cimentaron la base de las políticas estatales del hemisferio durante décadas. La Doctrina de la Seguridad Nacional, y su base geopolítica, no fue solamente el vehículo de justificación ideológica de los aberrantes crímenes de las dictaduras militares o la versión teórica de los regímenes de terrorismo de Estado. También fue la orientación estratégica de políticas que buscaron ser irreversibles y que fueron más allá de las herramientas represivas contra los movimientos sociales y políticos, revolucionarios o no. En el caso que nos ocupa, la obsesión por la Amazonia de los militares brasileños (y, a través de ellos, de las élites del poder) durante su largo gobierno, está fundamentada teóricamente por uno de los hombres fuertes del régimen, quien, a su vez, se considera discípulo de uno de los personajes claves en la estrategia geopolítica norteamericana. Esta línea de pensamiento no es anecdótica, sino que orientó un proceso político cuyas consecuencias sociales, políticas y económicas a largo plazo siguen siendo cruciales en la región e imprescindibles para comprender la dinámica sociopolítica del país. A

pesar de ello, el pensamiento geopolítico parece ser considerado una excentricidad de la derecha, estudiada sólo en academias militares o descartado en algunos ámbitos como mero objeto de las obsesivas denuncias de la izquierda política.

Una breve síntesis de los planteos que llevan a esta concepción del mundo puede ayudar a comprender mejor cuál es la matriz de pensamiento que eligen seguir los militares de la Escuela de Guerra del Brasil y, junto con ellos, del resto de los países latinoamericanos^[13]. Por supuesto, no le atribuimos a los estrategas de la geopolítica una sobredeterminación sobre los acontecimientos que solamente puede caber en una concepción conspirativa de la historia, sino que consideramos válido conocer sus lineamientos generales, fundamentales para entender la génesis de las planificaciones y las concepciones sobre las que se basan muchas de las políticas imperantes en la etapa que nos ocupa, en el contexto de procesos sociales y económicos que hacen posible que se intente llevar a la práctica estas ideas. A su vez, nos dan elementos para intentar comprender las lógicas internas de pensamiento de sectores de la élite del poder de una sociedad latinoamericana y su relación con las élites de los centros hegemónicos de Occidente (una relación clave en la historia de América Latina), cuestión que, por razones que tienen que ver con la escasa permeabilidad de estos núcleos de poder para exhibir motivaciones, objetivos y causas ocultas de sus procedimientos, queda por lo general fuera de los análisis de los investigadores académicos. Es así como abundan los trabajos sobre ideologías y prácticas de los sectores populares y escasean sobre las lógicas de los sectores de poder, quienes por su propia naturaleza suelen condicionar y forzar las primeras. El resultado de ello es que desde las ciencias sociales se suele denunciar a los victimarios, pero se termina investigando microscópicamente a las víctimas.

El estudio de la geopolítica ha sido clave en la formación ideológica de quienes llevaron adelante la Doctrina de la Seguridad Nacional con la crueldad conocida. La geopolítica, considerada por unos una ciencia casi exacta y despreciada por otros como una pseudo-ciencia al nivel de la astrología, es en realidad un marco conceptual que refleja claramente el contexto de producción de las líneas estratégicas de la política exterior de los estados occidentales en el último siglo. En palabras del investigador chileno Antonio Cavalla,

“la geopolítica es la teorización político-militar de las necesidades expansivas –de conquista de materias primas y mercados- de los monopolios en la fase superior del capitalismo.” (2001: 49)

Sus primeros teóricos corresponden a los principales estados imperialistas hegemónicos de la primera mitad del siglo XX, especialmente Inglaterra, Alemania y Estados Unidos. Noción como la de *espacio vital*, *seguridad nacional* y *guerra total* son algunas de las concepciones básicas que nutren el pensamiento geopolítico. Denostada en la Segunda Guerra Mundial por su identificación con el pensamiento estratégico de los nazis (como Ratzel^[14], quien acuñó el término *espacio vital*, ampliamente utilizado por Hitler como razón de Estado, o el general Haushofer^[15], sindicado por muchos como el verdadero cerebro detrás de la estrategia hitleriana de expansión), fue resignificada en el marco de la confrontación con la Unión Soviética, en el cual su desarrollo alcanzó su máximo esplendor. Teóricos como los norteamericanos Mahan^[16] y Spykman (no necesariamente militares, este último era un profesor universitario) y el británico Mackinder^[17], en la primera mitad del siglo, fueron quienes pusieron las bases de lo que posteriormente fue la estrategia antisoviética de la Guerra Fría, y en las que, según todos los indicios, se sigue inspirando la política exterior de los Estados Unidos^[18]. La Doctrina de la Seguridad

Nacional, en América Latina, puede ser vista como la traducción en términos geopolíticos de la confrontación político-social que se vivió en el continente durante aquellas décadas, siguiendo algunas de las líneas básicas de la concepción geopolítica de la política (y no es esto una redundancia) y con énfasis en la represión social e ideológica y la contrainsurgencia. Golbery do Couto e Silva, en ese sentido, transparenta la cuestión al reivindicarse como heredero de Spykman, e inscribir su geopolítica del Brasil en el plan maestro señalado por este último.

Para quienes no estamos acostumbrados a pensar en los términos de las mesas de maniobra de los Estados Mayores, los planteos de la geopolítica parecen estar a medio camino entre un juego de TEG^[19] y los delirios megalómanos de un Hitler. Sin embargo, han influenciado en forma decisiva los acontecimientos políticos del siglo XX. Los teóricos mencionados más arriba han pensado, sencillamente, en los problemas estratégicos de la dominación y la hegemonía mundial, en el juego de poder de las grandes potencias. El gran problema que se plantean, al principio del siglo XX (es decir, en vísperas de la Primera Guerra Mundial) es el de la confrontación entre el Poder Marítimo y el Poder Terrestre, y es en base a este eje (la disputa entre Inglaterra y Alemania, básicamente) que hacen sus primeros planteos. Esto se complejiza posteriormente, y es el almirante Mackinder quien plantea que el eje estratégico del planeta es la llamada Isla Mundial, Área Pivote o Tierra Corazón (*Heartland*), es decir, Eurasia. Quien domine Eurasia, a la que algunos, con posterioridad, identifican con el territorio de la URSS, tiene la posibilidad del dominio del mundo, pues el poder marítimo no es capaz de vulnerarla. Spykman, sin embargo, da vuelta el acertijo: para él, quien domine lo que llama *Rimland*, es decir las tierras que forman un anillo sobre ese centro estratégico del mundo, es quien tiene en sus manos la llave de la hegemonía, pues logra contener a Eurasia (léase la URSS). Es notable que Spykman formule esta concepción cuando aun no ha terminado la Segunda Guerra Mundial^[20] y que no se deje llevar por el conflicto del momento, al que da por concluido, pasando a pensar la siguiente conflagración con la Unión Soviética. En la *Rimland* no figura América Latina, aunque señala que los Estados Unidos, como potencia hegemónica de Occidente, debe utilizar como subpotencias una serie de estados aliados: Alemania e Inglaterra en Europa Occidental, Japón en Asia y Brasil en Sudamérica. De esta manera, la *Heartland* es rodeada por un cinturón de posiciones estratégicas que le impiden la expansión. En ese modelo, Spykman señala que la política del equilibrio de poder es solamente para uso de las grandes potencias, y para los estados pequeños y débiles sólo queda el ser piezas de ese juego. América Latina es importante por su papel de *hinterland* de las potencias de Occidente y, desde ese punto de vista, la política de los Estados Unidos estará dirigida a rechazar “cualquier acción que debilite su poder en el hemisferio occidental”. Y, a decir verdad, es bastante transparente cómo toda la política exterior estadounidense de los acuerdos de Yalta en adelante sigue al pie de la letra estos lineamientos.

Habiendo tomado debida nota de esto, Golbery, como figura destacada de toda una camada de militares y geopolíticos de *la Sorbonne*, se pone a pensar el papel del Brasil en este marco geopolítico, que suscribe con entusiasmo. El plantearse a su país como potencia regional, cuyo papel es asegurar la protección de la retaguardia de los Estados Unidos de un fantástico ataque soviético, es parte de esto^[21]. Asegurar el dominio pleno de la Amazonia es fundamental. Pero los militares brasileños no se limitaron a adaptarse al papel reservado para ellos en la gran estrategia mundial, sino que se dedicaron a elaborar la versión local de esa geopolítica, tanto en sus implicancias para poder cumplir con eficacia ese papel asignado, como en avanzar en la concepción del propio territorio nacional en esos términos. Es así como empiezan a ver a la región amazónica y el resto del país como

un equivalente de las *Heartland* y las *Rimland* que plantean los teóricos anglosajones de la geopolítica, y a traducir en esa clave los conflictos internos del país que, además, requieren de urgente y drástica resolución, pues ya no son vistos como la simple expresión de las contradicciones sociales que el Brasil lleva en su seno desde su mismo inicio como proyecto colonial, sino como parte de un enfrentamiento mundial al cual se debe contribuir, pues en ello va la supervivencia del Estado mismo.

Es a partir de aquí que la geopolítica heredada de Spykman se transmuta en Doctrina de Seguridad Nacional. Pues ya éste señalaba que la guerra moderna “no tiene frente ni retaguardia” al considerar a los movimientos revolucionarios (estuvieran o no subordinados estratégica o conceptualmente a la URSS) como enemigos internos e inasibles en términos militares clásicos. De ahí a la teoría contrainsurgente desarrollada a partir de la experiencia francesa en Argelia e Indochina hay solo un paso que, como la historia se encargó de demostrar rápidamente, se dio con facilidad. Los generales brasileños, reconociendo el origen de los conflictos en la desigualdad socioeconómica de las sociedades latinoamericanas, son quizá los primeros en señalar que es por esa razón que la Seguridad Nacional no puede ir separada del Desarrollo Nacional, pues el conflicto externo se alimenta de las contradicciones internas. La solución que proponen para ello es una combinación de represión política, táctica contrainsurgente, planificación y manipulación social, y una mixtura de política económica desarrollista y liberal-conservadora. La región amazónica fue un campo de batalla crucial en el marco de esa estrategia.

Como señala Cavalla, “la concepción geopolítica de la necesaria relación armónica entre el heartland y el hinterland y las fronteras, los lleva a preocuparse preferentemente –motivados no tanto por una inclinación teórica particular como por la realidad geográfica del Brasil- del desarrollo regional del poder. Se trata de la proposición de planes de industrialización, colonización, vías y obras y otras políticas estatales que robustezcan las fronteras, desarrollen hinterlands secundarios en relación con el principal y comuniquen expeditivamente las zonas de la célula-estado. De ahí se desprende un énfasis particular en la subdivisión militar y política del territorio, que haga operable la administración del gobierno, la dislocación de las fuerzas militares y la densidad demográfica.”(2001:54)

Queda claro, a partir de aquí, cuál fue el recorrido teórico desarrollado por las élites del Estado brasileño en la época en que la ocupación de los *espacios vacíos* de la Amazonia se transforma en una prioridad estatal. En la práctica, todo esto se intentó llevar a cabo al pie de la letra y, si bien el resultado de sus políticas concretas permite identificar la línea de pensamiento que las inspiró, la interacción de la teoría con la realidad y sus complejidades dio, como suele suceder, un resultado que no siempre coincide con las intenciones originales. De hecho, el decidido intento de llevar adelante esta estrategia a cualquier costo desató procesos de consecuencias imprevisibles e inmanejables.

Sin embargo, es importante notar que esta elección que hacen los militares brasileños constituye también una ruptura con las nociones tradicionales de la política del Estado, al vulnerar algunos preceptos básicos seguidos hasta ese entonces. Pues, si bien el Brasil siempre persiguió, desde los tiempos del Imperio y aun antes, el objetivo de ser la potencia regional hegemónica, y buscó hacerlo a través de una estrecha relación con las potencias dominantes del momento, fueran Gran Bretaña o los propios Estados Unidos, no lo hizo pensándose a sí mismo como

una parte subordinada dentro de una estrategia general. Como lo señala Celso Furtado (1968) al filo mismo de los acontecimientos, la ruptura de la política estatal tradicional que hace el gobierno militar es profunda, no tan solo en los hechos, sino en la concepción de su papel en el mundo, e incluso del rol de la casta militar en la política y la sociedad brasileñas. En cuanto a lo primero, es clara la diferencia entre pensar los “objetivos nacionales” en términos de Estado-Nación como eje central de cualquier desarrollo político y económico (aun cuando el mismo sea concebido en el marco de la subordinación externa y un papel determinado en el mercado mundial), que hacerlo cuando esta Nación es una parte “satelital” en un esquema de confrontación que la supera ampliamente. Furtado dice, en ese sentido, que la asunción del “satelitismo” (de los Estados Unidos, se entiende) por parte del gobierno militar sólo es posible si esos “objetivos nacionales” se definen en el marco de un proyecto totalitario. Y este es el segundo aspecto de la ruptura, en el que las FF.AA. brasileñas se asumen como un poder decisivo, como lo fueron en otras etapas de la vida política del país, pero esencialmente reaccionario, pues se convierten en garantes de la consecución de esos objetivos nacionales, que incluyen la “seguridad”, enmarcados en un esquema de poder mundial donde eligen, claramente, el lado de defensa de lo instituido. La ruptura con la historia es profunda pero relacionada con la evolución del proceso sociopolítico brasileño, donde la confrontación entre el proyecto oligárquico y el progresismo liberal, en donde este último representaba el ascenso de las flamantes clases medias urbanas a la gestión de las cosas del Estado y encontraba en los militares un firme y decisivo representante, había cedido paso a otro esquema de la dinámica del conflicto social. La constitución de las grandes masas de la población (trabajadores, campesinos, pobres urbanos) en un posible sujeto político con enorme potencialidad de cambio, con mayor protagonismo y capacidad de presión sobre los sucesivos gobiernos, llegó a un punto culminante en los caóticos años del breve gobierno Goulart, y los militares supieron encontrar sin atisbo de dudas su papel en el nuevo marco de confrontación social, asumiéndose, por primera vez en el siglo, como el garante último de la conservación del status quo^[22].

Por otra parte, es importante profundizar en algunas de las concepciones básicas e imprescindibles para terminar de entender todo lo que implica el pensamiento geopolítico y su consecuencia directa sobre los pueblos latinoamericanos, la Doctrina de la Seguridad Nacional. Ya hemos señalado que para Spykman (y también para Haushofer y otros), la guerra moderna no tiene línea de frente, es imposible distinguir en ella vanguardia y retaguardia, pues todos los aspectos de la vida social se juegan en este nuevo tipo de guerra, donde las contradicciones internas de las sociedades son vistas en el marco de lo que también Marx señaló como una lucha internacional, entre el trabajo y el capital. Pero, al mismo tiempo, los geopolíticos no se muestran interesados por entender las causas profundas de las contradicciones sociales, pues todo lo ven a través de la forma Estado: el enemigo interno, que puede ser identificado con los pobres, el proletariado, etc., es en realidad una parte del frente de una guerra mundial entre Estados. Al mismo tiempo, es muy particular la concepción del Estado que utilizan, en la cual éste es mucho más que una institución, un aparato político-militar-cultural: el Estado es una fuerza viva, con lógica propia y, además, una fuerza viva expansiva. Al decir de Mahan, está en la naturaleza del Estado expandirse o desaparecer. Se entiende que esa expansión está indisolublemente ligada a la noción de espacio vital de Ratzel. Y, para completar el círculo, Estado es sinónimo de Nación, términos indivisibles e intercambiables.

Por lo tanto, las Naciones (los Estados) necesitan expandirse para seguir viviendo. Esto da como resultado un mapa del mundo donde todo es equilibrio de fuerzas y

relaciones de poder, que conforman alianzas y acaban organizando el mundo en esos términos, que son, cabalmente, los de la geopolítica. Todo es relaciones de fuerza, todo es confrontación, y esta se da por todos los medios, políticos, económicos, ideológicos, militares, en todos los aspectos de la vida social. Por eso, dicen los geopolíticos, la guerra se da en todos lados, en todos los niveles y, en consecuencia, jamás hay paz: “la paz es un absurdo” (Cavalla, 2001). Por lo cual, quienes señalan la originalidad de la inversión de la fórmula de Clausewitz por Foucault (1996), señalando que “la política es la continuación de la guerra por otros medios”, tendrían que reconocer que los teóricos de la ultraderecha mundial venían utilizando este concepto desde mucho antes y en forma radical. Pues para los geopolíticos, todo es guerra, todo es política, ambos términos son intercambiables en todo momento y lugar. Y si bien Foucault hace una lectura compleja del fenómeno de la violencia como constitutiva de las estructuras políticas, y apunta a que, dentro de un sistema político institucionalizado, las luchas políticas “pueden ser interpretadas también bajo la lógica de la continuación de la guerra” (Grüner, 1997), es importante, aun admitiendo la continuidad lógica entre los momentos de la política y de la guerra en el desarrollo de los conflictos sociales, poder distinguirlos como dos instancias cualitativamente diferentes, como lo hace Gramsci cuando analiza las correlaciones de fuerza entre los bloques sociales. Caso contrario, corremos el riesgo de caer en el amasijo conceptual paranoico e ininteligible que caracteriza el pensamiento de los teóricos reaccionarios de la geopolítica, con su obsesión por inscribir todos los procesos sociales en el marco de la guerra. Ubicarse del otro lado del mostrador no hace más clara la cuestión.

Siguiendo este recorrido conceptual, la dictadura brasileña comenzó a tender los hilos de su política amazónica. Superado un primer momento en que aun no estaba claro si se devolvía el poder a los civiles o no, los militares comenzaron a actuar como si fueran a disponer del poder para siempre. La planificación de las orientaciones geopolíticas en cuanto a la Amazonia comenzó pronto, pues se convirtió en el nudo de un entramado político-económico sobre el cual giraba gran parte de su proyecto. La complicada coyuntura internacional de fines de los sesenta terminó de imponer una nueva urgencia en el marco de los conflictos regionales de la década, en que la influencia de la Revolución Cubana y las guerrillas que empezaron a propagarse por todo el continente hizo a los militares temer la instalación de bases guerrilleras cubanas en la región amazónica y la irrupción de movimientos guerrilleros locales. Si lo primero era francamente improbable, cuando ocurrió lo segundo, en 1972 con la guerrilla del Araguaia, organizada por el Partido Comunista do Brasil, la respuesta militar fue el exterminio total a través de una movilización de tropas que superó en número a la Fuerza Expedicionaria Brasileña que participó en la Segunda Guerra Mundial. Aunque parezca contradictorio con esto último, lo que más temían (y temen) los estrategas de las Fuerzas Armadas brasileñas era una presión norteamericana por la internacionalización o, lo que es igual, la ocupación por fuerzas estadounidenses de la región, con el pretexto de la incapacidad brasileña para defenderla.

Más allá de los más o menos delirantes planes de ocupación extranjera de la zona que los militares esgrimían como sostén de sus temores^[23], la política efectiva de la dictadura siguió estos lineamientos en relación a la región amazónica, desarrollando una serie de grandes Proyectos Estratégicos de Estado y fomentando la formación de una corriente migratoria que garantizara el poblamiento de los llamados *vacíos*.

La Doctrina de la Seguridad Nacional fue convertida en una normativa jurídica por el propio presidente Castello Branco, mediante el Decreto Ley N° 314, sancionado el 13 de marzo de 1967, apenas días antes de dejar el poder en manos del mariscal Arthur da Costa e Silva, en el que se afirmaba, entre otras cosas, que

“La guerra revolucionaria es el conflicto interno, generalmente inspirado en una ideología o auxiliado desde el exterior, que busca la conquista subversiva del poder por el control progresivo de la Nación.” (Citado en Sabatini, 1998)

En 1969 esta Ley fue modificada por otro Decreto Ley, el 898, que introducía la pena de muerte para los crímenes contra la Seguridad Nacional. Simultáneamente a esta institucionalización del marco ideológico que guiaba las acciones de la dictadura, una normativa conocida como AI-5^[24] daba vía libre a una represión desenfundada que convirtió al Brasil en una gigantesca cárcel y acabó violentamente, en los años subsiguientes, con la oposición política y social, que estaba atravesando por un momento de auge de la movilización y la protesta antidictatorial, junto con el surgimiento de algunos débiles intentos de lucha armada por parte de unas pocas organizaciones político-militares.

En simultáneo con esta confrontación político-militar, se empezaban a poner las bases de la política de *desarrollo nacional* que buscaba impedir que, en el futuro, volviera a aparecer el conflicto que ponía en riesgo la *seguridad de la Nación* y su lugar en el mundo.

El exterminio indígena como continuidad de la DSN en el Brasil

La concepción de los *vacíos estratégicos* actualiza a los términos de la Doctrina de la Seguridad Nacional y del marco ideológico y político de la segunda mitad del siglo XX la noción de *desierto* que caracterizó la ocupación militar y el exterminio sobre las poblaciones de las fronteras internas de algunos Estados latinoamericanos en su etapa de formación, como la Argentina de las últimas décadas del siglo XIX. Y, en segundo lugar, pero no por ello menos importante, significa una ruptura con la política indigenista llevada adelante por el Estado brasileño desde principios del siglo XX, cuando el proyecto Rondon buscaba integrar los indios al proyecto del *Ordem e Progreso* y convertirlos en una parte más de la Nación Brasileña.

Como aquellos *desiertos* de la Argentina de la civilización contra la barbarie, la selva amazónica distaba mucho de estar “vacía”, poblada como lo estaba por una enorme y rica variedad de culturas humanas que la habitaban desde miles de años antes y cobijando a una de las más notables expresiones de biodiversidad del planeta. Y así como los *desiertos* de la Patagonia o del Chaco no eran tales y debieron ser construidos, los *vacíos* amazónicos también. Al ser claramente constatable la presencia humana en estos ámbitos, la construcción pasó por una de las operaciones ideológicas caras a la expansión de la sociedad europea a costa de los demás pueblos del mundo: la estigmatización del otro como primitivo, salvaje, bárbaro, confrontado con el “blanco” o el “civilizado”. Esta oposición asigna valores, califica y estigmatiza a la futura víctima de la ocupación del territorio y da por sentado que el papel del Estado es, cuando el tiempo histórico y político-económico así lo requieren, dar por finalizada esa condición (y las más de las veces también a sus portadores), creando de esta manera el escenario para la ocupación y, en muchos casos, el exterminio. En ese sentido, podemos compartir con Belli y Slavutsky, que ven que en el caso argentino, al igual que en el brasileño de un siglo después,

“(...) la afirmación del vacío poblacional o el ‘mal uso de los recursos’ naturales por parte de los ‘naturales’ pobladores locales fue la construcción literaria ideológica preferida por los sectores hegemónicos, como legitimación de la apropiación espacial para su integración funcional acorde a las necesidades del desarrollo del capital en cada momento histórico.” (2004:23)

Desde el punto de vista de la incorporación de nuevas tierras al Estado-Nación en proceso de consolidación o de expansión hacia territorios formalmente bajo su control, pero con escasa o nula presencia efectiva, la noción de *vacío* refiere al territorio no ocupado por el Estado, más allá de la existencia de poblaciones que no se reconocen como sometidas al ordenamiento económico-jurídico que presupone la autoridad estatal. Por lo tanto, son territorios a ocupar, necesarios para consolidar definitivamente las fronteras estatales, asegurar “la seguridad nacional” y “los objetivos nacionales” para los cuales ésta es necesaria y, de alguna manera, “completar” ese Estado que no era capaz de garantizar su control sobre la totalidad del territorio considerado propio. El *vacío*, o el *desierto*, son en esos términos la evidencia de un déficit del Estado en cuanto al dominio de ese territorio, el testimonio de la falta de control sobre tierras y poblaciones, una debilidad en términos de la seguridad de ese espacio. Todas razones que operan a favor de la supresión de esa situación por la vía que fuera, incluyendo el exterminio. Lo cual tiene a su vez una racionalidad económica, aunque se lo presente en términos cuasi-filosóficos, de la “esencia” de la nacionalidad, de “espacio vital”, de lucha contra la barbarie o de seguridad nacional.

Acabar con el *desierto* implicó la incorporación a la economía argentina de vastos territorios que la formación económico-social expresada por el Estado-Nación necesitaba para su expansión y la consolidación de su inserción en el mercado mundial de fines del siglo XIX, así como la supresión de los *vacíos estratégicos* implicaba para el Brasil de 1968 la posibilidad de explotación de ingentes recursos naturales y la desviación del flujo migratorio interno que llevaba a las grandes ciudades a situaciones de tensión social difíciles de soportar, bajo el marco de la avanzada civilizatoria y la defensa de la seguridad nacional. Todo en un contexto en el que asegurar ese control de territorio no dominado efectivamente por las fuerzas estatales tuvo un sentido geopolítico, reafirmando la soberanía del Brasil sobre la Amazonia frente a las presiones extranjeras por su internacionalización, o aprovechando, como en la campaña de Roca^[25], la coyuntura favorable de la Guerra del Pacífico para resolver a su favor la disputa con Chile por el territorio patagónico.

El concepto de *desierto* o *vacío* tiene, entonces, para el proyecto expansivo del Estado diversas aristas que lo convierten en ampliamente ventajoso como operación ideológica de justificación de la ocupación violenta. No sólo brinda una explicación “nacional” (asegurar el dominio de la Nación sobre territorios despoblados de civilización, que corren peligro de ser ocupados por otros Estados), económica (incorporar esas tierras desaprovechadas a una economía que las necesita o que puede darles un uso ventajoso) o civilizatoria (contribuir al triunfo del progreso sobre lo primitivo), sino que también avanza sobre los procedimientos a seguir para lograr esos objetivos, el “qué hacer” con esas tierras y esas poblaciones.

Pero aunque las implicancias demográficas del concepto del *vacío* son las que primero saltan a la vista, es la noción económica del *vacío* la que prima, junto con la geopolítica (e inseparablemente de ella), cuando se lo considera desde el punto de vista de la dinámica del proceso e, incluso, desde los propios intereses de los sectores de poder interesados en la difusión de esa visión. Un *vacío* no es solamente

un lugar deshabitado: es, principalmente, un espacio no utilizado económicamente, aun no incorporado a la dinámica de las relaciones económicas capitalistas. El *desierto* está vacío de producción, de explotación de recursos, de mercado, es inútil para el desarrollo nacional. Y, como antes señaláramos, el desarrollo nacional, en la versión brasileña de la geopolítica, es inseparable de la *seguridad nacional*. Por lo tanto, los vacíos deben ser llenados no sólo para ocupar puntos vulnerables de la geografía nacional, “completar” el espacio del Estado-Nación, sino para asegurar la expansión de las relaciones de producción capitalistas sobre regiones no incluidas en ellas hasta el momento. Los Proyectos Económicos del Estado fueron, para el Brasil de la dictadura de 1964-1985, el instrumento que permitió llevar a cabo estas premisas.

Sin embargo, esta política significó para el Estado brasileño, en rigor, la ruptura de una tradición de política indigenista que no se había caracterizado hasta ese entonces por el exterminio de las poblaciones indígenas como estrategia (aunque no excluía de ninguna manera la violencia), por lo cual, si bien los conceptos de *desierto* y de *vacío* son similares, distintos son los contextos históricos y la racionalidad política que llevan a su empleo en ambos casos. Esta diferencia remite a las particularidades y etapas de la constitución de los Estados nacionales, con casi cien años de diferencia. La utilización de un concepto similar no debe, por lo tanto, llamarnos a engaño y confundir las semejanzas entre ambos, como si fueran procesos de idéntica naturaleza. Estamos hablando, en un caso, de la ocupación de tierras y el aniquilamiento de sus pobladores en la etapa de consolidación de los Estados Nacionales latinoamericanos a fines del siglo XIX y, en el otro, la operación de ocupación y exterminio de territorios internos a las fronteras delimitadas, justamente a consecuencia del primero de esos procesos, en uno de esos mismos Estados, en la segunda mitad del siglo XX, enmarcada en la Doctrina de la Seguridad Nacional.

La estructura social y económica brasileña dio pie a estrategias diferenciadas que no buscaron desde el comienzo el exterminio indígena. Al contrario, la dimensión geográfica gigantesca del Brasil obligó al Estado (y la oligarquía que lo condujo inmediatamente después de la caída del Imperio en 1889) a resolver problemas más urgentes y críticos que la ocupación milimétrica de las inmensas extensiones interiores del Brasil en manos de incontables grupos indígenas. La liberación de los esclavos y la integración de esta gran masa de población en los términos de un proyecto nacional coherente era suficiente complicación para que las fuerzas sociales dominantes tuvieran de qué ocuparse. La mala resolución de estas contradicciones sociales terminó expresándose luego en forma violenta en la historia del Brasil del siglo XX, estallando, entre otras cosas, en la política dictatorial hacia la Amazonia casi cien años después, y sigue influyendo poderosamente en las estructuras sociales del país. Las operaciones militares más sangrientas de aquella época se dieron dentro del territorio nacional y no estuvieron dirigidas contra grupo indígena alguno, sino contra masas campesinas que reaccionaban de formas diferentes contra ese estado de cosas^[26]. En cambio, la política indígena del Estado brasileño de principios de siglo estuvo pensada para contener y consolidar, dentro de las fronteras nacionales y como un componente más de la nacionalidad brasileña, a los grupos indios bajo un régimen de tutelaje.

Señala Carneiro da Cunha (1998a) que los indios fueron objeto de la codicia de los blancos como fuente de trabajo esclavo y tierras en el siglo XVIII, como poseedores de tierras útiles para la extracción de caucho o cultivo de distintas variedades agrícolas en el siglo XIX y como ocupantes de un rico subsuelo mineral en el XX. No

siempre representó esto una política ofensiva en términos de exterminio. Si de conquista, pues la condición para el uso del trabajo o de las tierras (que también debían ser trabajadas) precisaba de la condición previa de la derrota militar de las víctimas. Pero las enormidades y las dificultades de transporte y comunicaciones de vastas regiones del territorio brasileño condicionaron la intensidad y la profundidad del sometimiento de los pueblos indígenas de las regiones más alejadas de los centros económicos. La prioridad del Estado brasileño en el siglo XIX fue su consolidación como tal y la delimitación de un territorio nacional bajo dominio estatal, tanto evitando las secesiones como fijando las fronteras con los vecinos. La economía del país no era tampoco tan pujante como para requerir de la explotación intensiva de la totalidad de la superficie aprovechable dentro de sus extensos límites.

En 1910 se crea el primer organismo estatal dedicado a los indios, el Servicio de Protección a los Indios (SPI) bajo el liderazgo de una de las figuras emblemáticas de este período de consolidación del dominio del Estado brasileño sobre su territorio, el mariscal Cândido Rondon, el “mago del telégrafo”, como lo calificaron algo ridículamente algunos de sus admiradores. Como muestra con claridad Souza Lima (1998:156), el SPI fue creado en principio para cumplir una doble función: la “protección” de los indios y la fijación de la mano de obra agrícola en las tierras interiores. Como se ve, las dos tramas del drama de la ocupación militar de la Amazonia de décadas después ya estaban presentes en la lejana fundación del organismo. A pesar de ello, el SPI es recordado en la tradición antropológica mayoritariamente en su función indigenista, sin tener en cuenta que no existe la política indigenista aislada de las metas y la dinámica de la sociedad que la requiere, y que exceden con mucho la cuestión pura de las comunidades indígenas y los intereses inmediatos de la relación entre ellas y dicha sociedad. El SPI muestra ya en las primeras etapas de su largo accionar (poco más de medio siglo hasta ser reemplazado por la FUNAI) las características fundamentales de su política. No fue, contra lo que se suele creer, una política genocida, destinada a ocupar los *vacíos* como fuera, sino dedicada a consolidar la condición de los pueblos indígenas bajo su acción como pueblos colonizados, señalados para ir integrándose gradualmente a una sociedad en tránsito a la conformación de un Estado Moderno y totalizador, integrador de quienes poblaban su territorio.

Fue el SPI el que implementó la estrategia de conquista disfrazada por Rondon de *pacificación*, es decir, la derrota y asimilación de los pueblos indígenas que, al no poder resistirse, asisten pacíficamente a su subordinación al Estado-Nación. De acuerdo a las necesidades económicas y geopolíticas, los indios debían ser *pacificados* mediante su desplazamiento de las zonas ocupadas originariamente hacia aldeas (llamados “aldeamientos” en la literatura etnográfica para distinguirlas de las demás) donde estarían al alcance de la supervisión del Servicio y su control estrecho. A esta política se la llamó la “atracción” y fue usada profusa e intensamente durante las décadas de los 60 y 70, cuando los militares emprendieron la ocupación definitiva de la Amazonia, pero sin la paciencia y el trabajo de hormiga que caracterizaban al SPI, por lo menos en sus primeros tiempos.

A la detección y la *atracción* seguía la relocalización espacial en aldeamientos especialmente creados por el SPI, donde podía ser aplicada con mayor facilidad la política tutelar que caracterizó toda la actuación del Servicio. Los espacios que quedaban disponibles eran generalmente reocupados por trabajadores agrícolas de otras regiones del país o por los mismos indios convertidos en trabajadores.

Es recién con el advenimiento del “milagro” de la dictadura militar, que los indios amazónicos y los sobrevivientes de otras regiones del Brasil fueron objeto de un vuelco en la política estatal que rápidamente se cernió sobre sus territorios y sus comunidades, sin esperar el clásico y lento proceso de atracción y tutelaje, sino disponiendo campañas de conquista militares para lograr sus objetivos de explotación económica. Como bien lo expresa Carneiro da Cunha

“Todo cedía ante la hegemonía del ‘progreso’, delante del cual los indios eran estorbos: se forzaba el contacto con grupos aislados para que los tractores pudiesen abrir carreteras y se relocizaban los indios más de una vez, primero para apartarlos de la ruta, después para apartarlos del lago del embalse que inundaba sus tierras. (...) Ese período crucial (...) desembocó en la militarización de la cuestión indígena, a partir de inicios de los años 70. De estorbos, los indios pasaron a ser riesgos a la seguridad nacional.” (1998a :17)

Es así como llegamos a la situación en que la política del Estado brasileño hacia los indígenas adquiere el dramático giro que lleva a la conceptualización de sus tierras como *vacíos estratégicos* que deben ser eliminados y colonizados, sin importar demasiado las consecuencias.

Vaciar los vacíos

Para que todo esto se llevara adelante, debieron ser *vaciados los vacíos*. El territorio ocupado por los grupos indígenas aun no sometidos a la dinámica de las relaciones sociales y económicas de la sociedad que se cernía sobre ellos, debía ser convertido en un espacio de dominio de esas relaciones, se opusieran o lo consintieran sus habitantes, concebidos en principio sólo en términos de obstáculo para esa operación. Los indios amazónicos, tan alejados de la *civilización* en distancia física y cultural, debían atravesar por un proceso de integración y asimilación lento y complejo para poder ser utilizados rápidamente como fuerza de trabajo en alguno de estos proyectos. Son, por tanto, una población no sólo molesta sino también inútil, incapaz de aprovechar los recursos de la naturaleza para el desarrollo, incluso bajo las órdenes de otros. Esta idea es, quizá, la que haya impactado con más fuerza en el sentido común de la población de la Amazonia brasileña, lejos de las capas bien pensantes de las Universidades y los progresistas de las urbes lejanas. El discurso estigmatizador del indio como salvaje, irracional e inepto para el trabajo es el que se ha impuesto no sólo en el discurso de los poderosos, sino en el de los humildes migrantes que fueron a ocupar masivamente las zonas que se les expropiaban a los indígenas y a la selva. Pequeños comerciantes, *garimpeiros*, agricultores de subsistencia, personajes tan desgraciados y míseros como los ocupantes originarios de sus tierras, la mayoría huyendo del hambre del Nordeste, repiten con uniformidad ese discurso estigmatizador, completamente incapaz de intentar siquiera comprender las motivaciones y la conducta del otro. Para ellos, es totalmente incomprensible que ahora el indio^[27], no hasta hace mucho tiempo masacrado, sea amparado por el Estado (el mismo Estado que los llevó o los impulsó a vivir en la Amazonia), demarcando un espacio intangible como reservas indígenas, consolidando así la aparente ausencia de explotación económica de un espacio que es visto por ellos solamente como fuente de trabajo y de recursos agropecuarios. El Estado, que los empujó a esa región para ocupar los *vacíos* y darles un uso económico, los margina ahora y consagra enormes territorios, justamente, en forma de *vacíos*, donde sólo hay selva e indios, mientras ellos se apiñan en los márgenes esperando esa oportunidad que parece haberse escapado de las manos.

Pero ese cambio de política respecto al uso del territorio no implica necesariamente una relectura del proceso. Los acontecimientos de los 60 y 70, y aun posteriores, son prolijamente silenciados por sus autores o enunciados en una autocrítica que oscurece quizá más que su ausencia, manteniendo un ocultamiento de algunos de los principales aspectos del proceso de ocupación de la Amazonia, principalmente porque, en lo esencial, el patrón de la política del Estado y los grandes grupos económicos que influyen decisivamente en ella se conserva. Especialmente férreo es el control de la información, tres décadas después, sobre los acontecimientos que tienen que ver con el uso de la fuerza militar en la desaparición o exterminio de pueblos indígenas, como el caso que nos ocupa.

Y aunque lo intenten disfrazar bajo el discurso civilizatorio, los militares que concibieron, ordenaron y ejecutaron las acciones que provocaron la ocupación de los *vacíos* sabían perfectamente de lo que hablaban. Algunas de las versiones construidas *a posteriori* por militares que participaron del proceso, como Altino Berthier Brasil, intentan disimular el exterminio indígena colocándolo como una consecuencia no buscada y no prevista de la ocupación o, en sus propios términos, la incorporación de un área extensa y estratégica para el uso económico y geopolítico de la nación. De la exposición y reconstrucción del proceso genocida que atravesaron los Waimiri Atroari se desprende claramente que esto no es tan casual, y que si bien es posible que la intención primigenia de las Fuerzas Armadas brasileñas no fuera el exterminio físico de los Waimiri Atroari, no podían desconocer, ni eso los aleja de la responsabilidad ante las consecuencias de sus actos, que la campaña de ocupación emprendida iba a ser letal para las poblaciones afectadas.

Sin embargo, un análisis global del proceso no se puede detener solamente en el destino de los Waimiri Atroari u otros pueblos amazónicos y su paso de pueblo libre y autodeterminado a pueblo residual, diezmado, colonizado y sometido a un juego perverso de intereses económicos ajenos. La ocupación de los *vacíos estratégicos* no tuvo como fin primordial someter a los indios o hacerlos desaparecer de la faz de la tierra, sino incorporar la región a la explotación económica y a la estrategia geopolítica del Estado. Para llevar adelante esta tarea, el Estado brasileño dictatorial recurrió a las herramientas que tuvo a mano, alternando entonces sus tácticas de ocupación militar entre las ya conocidas y empleadas anteriormente por el SPI y la FUNAI, y las más drásticas de exterminio físico, utilizadas cuando las anteriores fracasaban en los tiempos previstos por la planificación de las operaciones militares. Ocupación y exterminio son así fases de una política global que preveía crear las condiciones para la ejecución de los grandes Proyectos Estratégicos del Estado, entre los que se incluyen las explotaciones mineras, agropecuarias, hidroeléctricas y madereras, y para los cuales era indispensable la creación de una red vial que hiciera viable la ocupación de los *vacíos*.

En el diseño de este marco estratégico de acciones estatales, cabe incluir un componente que, si bien no es un proyecto de infraestructura como las represas o los caminos, puede ser caracterizado como otro de los Grandes Proyectos del Estado en la época: la ocupación efectiva de la región mediante el fomento de la migración de población rural y población pobre en general desde otras zonas del país. A pesar de ser un componente esencial del proceso social que analizamos, reconocido explícitamente por sus perpetradores (la expansión sobre la Amazonia fue uno de los principales ejes propagandísticos del *milagro* brasileño, especialmente en el gobierno de Médici), su importancia no suele ser destacada ni por quienes analizan los procesos de conquista, exterminio y subordinación de las

poblaciones indígenas, ni por quienes trabajan la catástrofe ambiental que dicho proceso, en particular el flujo descontrolado de población en precarias condiciones que la ocupación de las tierras progresivamente “desocupadas” ha generado.

Berthier Brasil relata claramente cómo las tierras que rodeaban la BR-174 iban siendo loteadas a medida que la construcción de la carretera avanzaba y la zona era considerada “segura”, es decir, libre de indios. Estos lotes, de inmensas proporciones (recordando a aquellos que fueron repartidos ávidamente después de la *conquista del desierto* en la Pampa argentina o en la Patagonia), eran vendidos a precios irrisorios o simplemente cedidos, con el objeto de que sus propietarios u ocupantes avanzaran en el desmalezamiento y la explotación agropecuaria de la zona, haciendo de este modo irreversible el avance de la sociedad *civilizada* junto con la ruta. La dictadura repartió tierras a medida que los territorios eran incorporados, fomentando el poblamiento por parte de colonos procedentes de las regiones más pobres de todo el Brasil, que eran quienes en la práctica asegurarían la ocupación de los *vacíos*, mientras las explotaciones mineras, cuyas prospecciones exploratorias habían sido realizadas mayoritariamente en la década del 60, eran reservadas para las grandes empresas privadas con fuertes lazos con los gobernantes.

De esta forma se cierra el círculo de la doctrina de los *vacíos estratégicos* y comienza un proceso social cuyas consecuencias a largo plazo no fueron de ningún modo previstas por la dictadura. La apertura de las rutas (BR-174, Transamazónica, Perimetral Norte, BR-319^[28]) permitió la ocupación de los *vacíos*, que fueron librados de elementos *salvajes* y llenados, a su vez, con colonos. Estos colonos, por su parte, son en su mayoría población sobrante de otras regiones donde las explotaciones agropecuarias estaban llegando a su límite, sea por la concentración de la propiedad de la tierra, sea por haber encontrado limitaciones objetivas para su explotación y su capacidad de sostener poblaciones. Lo que, como dijimos, podríamos con toda propiedad denominar un Gran Proyecto Estratégico del Estado, llevado adelante por el gobierno militar en la década del 70, fue la pretensión de desviar esas corrientes migratorias expulsadas del Centro Sur y el Nordeste, apartándolas de su destino habitual hacia las grandes concentraciones urbanas demandantes de mano de obra y conduciéndolas hacia las grandes extensiones amazónicas por ocupar y asegurar en términos geopolíticos y económicos.

El fomento a la migración de población paupérrima de zonas críticas del Brasil rural hacia las zonas *vacías* fue una política explícita del Estado, no una tendencia sociológica o una propensión hipotética. Varios son los autores que señalan también la vinculación de esa política con la necesidad de aliviar conflictos sociales en otras regiones del país. En el mismo origen del SPI hay antecedentes que muestran que enviar colonos nordestinos en época de sequía a poblar tierras amazónicas es una práctica con lejanos antecedentes, como en la década de 1890.

El esquema planteado en un principio descansaba sobre tres principios básicos, siendo el primero la migración del excedente poblacional y los sectores rurales subempleados hacia las zonas a ocupar. El segundo, la reestructuración de los latifundios, tecnificando su producción agrícola para permitir reducir la extensión de las tierras dedicadas al cultivo y dejando el resto para la ganadería, lo que implicaba que, por un lado, el latifundio no desaparecería sino que reduciría su capacidad de retención de población rural aun más de lo que lo hacía hasta ese momento, y por el otro, se rentabilizaría. El resultado previsto era disminuir la

afluencia de población pobre hacia las ciudades, desacelerar su crecimiento, desviar el flujo migratorio hacia las regiones apartadas que se pretendía ocupar e integrar al mapa productivo, mientras se diseñaba un esquema social con menos tensiones y conflictos, pero igualmente injusto. Y el tercero, compensar el encarecimiento de la producción agropecuaria, debido a la utilización de las tierras más distantes mediante la inversión estatal en infraestructura que permitiera un rápido acceso a las mismas.

Salvo la reestructuración de los latifundios, es decir, la única parte que le tocaba a los poderosos dueños de la tierra, las otras acciones fueron llevadas adelante con mano férrea por el gobierno militar. La modernización de las grandes haciendas fue realizada pero, como su sentido reaccionario y expulsivo lo indicaba, no fue fruto de políticas compulsivas sino que contó con el apoyo financiero del Estado, y sus consecuencias hicieron aun más injusta la distribución de la tierra en el Brasil. Grandes contingentes de pobres fueron impulsados a migrar hacia zonas remotas y grandes vías de comunicación y otros importantes proyectos económicos fueron desarrollados. Sin embargo, está claro que los resultados no fueron los previstos, no sólo porque un plan tan ambicioso de manipulación social es infinitamente más difícil de concretar que de pensarlo, sino porque incluso la posterior historia política y económica del régimen militar, si bien siguió impulsando estos movimientos poblacionales, demostró que ese proyecto fue parcialmente abandonado y fracasó en su intención primigenia de cambiar la dinámica del conflicto social brasileño, buscando que fuera más manejable y de naturaleza cualitativamente distinta. En la práctica, no sólo no redujeron en demasía las tensiones sociales de los grandes centros urbanos y las regiones centrales de la economía del país, sino que terminaron transplantando esos conflictos a las regiones que habían sido designadas como depositarias de población. Pasada la década de los 70, la de mayor masividad en la afluencia de migración, las nuevas zonas rurales se convirtieron en los lugares de mayor conflictividad de un país que se caracteriza desde hace siglos por la intensidad de los conflictos por la tierra.

Las sequías que afectaron fuertemente al Nordeste brasileño en la época agregaron un toque de dramatismo a la situación y dieron a los gobernantes militares un *casus belli* casi perfecto para acelerar el desarrollo de este proyecto. Las presidencias de la década del 70 (Médici y Geisel) se caracterizaron por la movilización de millares de trabajadores de los estados nordestinos hacia las áreas amazónicas que el avance de la construcción de las carreteras iba progresivamente despejando para el asentamiento de estas poblaciones. Como señala Ramos (1998), la acción afectó a más de 160 grupos indígenas amazónicos, entre los que se encontraban los Waimiri Atroari, y tuvo desastrosas consecuencias demográficas para estos, porque el simple hecho de poner en contacto masas de pobres trabajadores en deplorable estado de salud con pueblos con escaso contacto o totalmente aislados, que ni siquiera estaban preparados inmunológicamente para resistir la gripe, fue suficiente para diezmar poblaciones en forma fulminante, sin el aditamento de los choques armados. El *vacío* necesitaba ser vaciado y, acto seguido, vuelto a llenar, pero de acuerdo a la lógica de la ocupación por lo que la FUNAI llama, generosamente, una “sociedad expansiva”.

De este modo, una enorme masa de pobres se desplazó hacia la región, llamada por la promesa de tierras y riqueza fácil, en una reedición de las antiguas fiebres del oro de Alaska o Australia o de la época de auge del caucho en la Amazonia de fines del siglo XIX. Miles de familias se instalaron en lugares por donde recién habían pasado las topadoras que habrían los caminos, libradas a su suerte y apelando al

fuego para poder hacer de su parcela un terreno de subsistencia. Los *garimpeiros*, los buscadores de oro, se desparramaron sobre las tierras donde éste aparecía, chocando, generalmente en forma violenta, con los indios, especialmente en Rondônia y el norte de Roraima. De la sequía del Nordeste, miles de trabajadores rurales pasaron a luchar contra la exhuberancia de una naturaleza que les exigía su destrucción para poder vivir de ella. Los *vacíos estratégicos* iban siendo ocupados, pero sin idea aun de sus consecuencias.

Quizá uno de los grandes problemas de todo esto fue que los militares brasileños (y las élites dominantes a través de ellos) intentaron utilizar los procesos sociales como si se tratara de un campo de maniobras, desconociendo que ni aun la suma de los resortes de poder del Estado, por más absolutos que fueran, permite el dominio total de las innumerables variables que conforman las dinámicas sociales. Las consecuencias a futuro fueron y son graves, como una breve enumeración nos permite apreciar. La condición social de las masas de trabajadores rurales no se ha mejorado en lo más mínimo, lo cual asegura un alto grado de conflictividad social; la distribución regresiva de las tierras que caracteriza al Brasil se reprodujo en las zonas ocupadas en la Amazonia, con grandes explotaciones en manos de pocos propietarios y de grandes empresas mineras y madereras; la presión sobre las tierras aun ocupadas por los indígenas aumentó en forma exponencial y sin control, obligando al Estado a intervenir en la demarcación de tierras indígenas y reservas para asegurar la protección de las comunidades sobrevivientes (por la presión internacional, por la política del Estado posterior a 1988) y la protección de porciones de selva de la deforestación y el desequilibrio medioambiental y, principalmente, para reasegurar la explotación de las concesiones de las grandes empresas; el crecimiento brutal de la deforestación de la selva ha aumentado en forma explosiva la vulnerabilidad del medio ambiente amazónico y atraído sobre sí grandes presiones internacionales sobre el uso y el cuidado de la región, incluyendo el tan temido cuestionamiento a la soberanía del Estado brasileño sobre la misma.

De esta última cuestión se desprende que, desde el propio punto de vista de la doctrina de los *vacíos estratégicos*, su misma ocupación efectiva y bestial no ha asegurado que éstos dejasen de existir en términos geopolíticos. Por el lado menos pensado (por decirlo de alguna manera, el “exceso de progreso”), la política de los militares brasileños ha llevado a la paradójica situación en que, más de dos décadas después, su objetivo estratégico, pese a haber avanzado sobre todas las metas fijadas, no se ha alcanzado y parece cada día más difícil de cumplir. Antes que eso, si la amenaza sobre la ocupación brasileña de la Amazonia era más imaginaria que real treinta años atrás, hoy, narcotráfico, Plan Colombia y “guerra contra el terrorismo” mediante, esa peligrosidad posiblemente sea algo más real y menos imaginaria.

Palabras finales

El desarrollo de las ideas de la geopolítica, desde los teóricos imperiales hasta la Escuela Superior de Guerra del Brasil, expresadas en los términos de la DSN, dio el sustrato teórico para la planificación política de la ocupación de la Amazonia, así como para el genocidio cometido por la dictadura militar argentina o contra las fuerzas populares y los indios guatemaltecos, para la coordinación represiva en los años 70 y la contrarrevolución en Nicaragua y El Salvador, el bloqueo a Cuba y numerosas operaciones desplegadas por las clases dominantes latinoamericanas durante decenios.

Este recorrido por una de las consecuencias poco conocidas de la DSN y su raíz de pensamiento geopolítico tiene como objetivo analizar y debatir los conceptos fundamentales en los que se basó toda esta diversidad de políticas que no fueron simplemente represivas, es decir, de reacción contra una ofensiva popular, sino que buscaron activamente la transformación reaccionaria del mundo. La Revolución no es la única utopía, ni los revolucionarios los únicos que pretendemos cambiar el mundo. Los pensadores de la geopolítica, como intelectuales del poder, también procuraron, a su manera, la transformación de las estructuras mundiales, pero al servicio de la explotación y la opresión. Expresan, de esta forma, una utopía reaccionaria que tiene metas y propósitos, y que piensa el mundo en que vivimos en los términos que hemos desarrollado en la primera parte de este ensayo, y que se expresan en políticas globales de las cuales la represión es sólo un aspecto. El recorrido por el caso de la ocupación de la Amazonia brasileña nos permite ver cómo esa ligazón entre teoría y políticas concretas diseñadas desde el poder se desarrollan en aspectos poco conocidos, y cómo, necesariamente, se ven sometidas a las mismas leyes de la sociedad a las que no pueden escapar aunque se lo intente desde el vértice del poder.

Por último, es importante señalar que ignorar la existencia de estos planificadores de la Utopía reaccionaria es ofrecer un flanco débil a la propagación y concreción de sus ideas que, en la actualidad, se expresan con toda crudeza en la política de George Bush.

Bibliografía

- BALLESTER, Horacio y otros. 1985. El sistema interamericano de Defensa como paradigma de la seguridad nacional. Revista Cruz del Sur. Instituto Latinoamericano de Estudios geopolíticos. Año 3 N° 7, Diciembre de 1985.
- BELLI, Elena y SLAVUTSKY, Ricardo. 2004. En la frontera. Subordinación y resistencia en el ramal salto jujeño. En: La cuenca del Río Bermejo. Una formación social de fronteras. Belli, E.; Slavutsky, R. y Trincherro, H. (comp.). Ed. Reunir y Fac. de Filosofía y Letras, UBA. Bs. As.
- CARNEIRO DA CUNHA, Manuela. 1998a. Introdução a uma história indígena. En: História dos índios no Brasil. Carneiro da Cunha, Manuela (org.), Editora Schwarcz. Sao Paulo.
- CARNEIRO DA CUNHA, Manuela. 1998b. Política indigenista no século XIX. En: História dos índios no Brasil. Carneiro da Cunha, Manuela (org.), Editora Schwarcz. Sao Paulo.
- CAVALLA, Antonio. 2001. Seguridad Nacional o Seguridad del Pueblo. En Revista Estudios Político Militares. Centro de Estudios Estratégicos. Universidad Arcis. N° 2. Santiago de Chile.
- CLAUSEWITZ, Karl Von. 1998 (1837) De la Guerra. Ediciones Need. Buenos Aires.
- COUTO E SILVA, Golbery. 1967. Geopolítica do Brasil. Rio de Janeiro: Livraria José Olímpio, (Coleção Documentos).

- DORPALEN, Andreas. 1982 (1942) Geopolítica en acción. El mundo del Gral. Haushofer. Editorial Pleamar. Buenos Aires.
- DUVAUCHELLE RODRIGUEZ, Mario. 1996. La geopolítica y la oceanopolítica. Sus orígenes, fundamentos y relaciones. Clase dictada el 19 de abril de 1996 en el Curso de Derecho de Mar de la Armada chilena. En Documentos de la Universidad Arcis. Santiago de Chile.
- FOUCAULT, Michel. 1996. Genealogía del racismo. Altamira. La Plata.
- FURTADO, Celso. 1968. Brasil: de la República oligárquica al Estado militar. En Brasil Hoy. Siglo XXI. Buenos Aires.
- GAYOSO, Andrea. 1985. La Doctrina de la Seguridad Nacional. Librosur. Montevideo.
- GRAMSCI, Antonio. 1990. Análisis de las situaciones. Relaciones de fuerzas. En: Escritos políticos 1917-1933. Siglo XXI. México.
- GRÜNER, Eduardo. 1997. Las formas de la espada. Miserias de la teoría política de la violencia. Colihue. Buenos Aires
- MAGALHAES, Antonio Carlos. 1990 As nações indígenas e os Projetos Económicos de Estado – a política de ocupação do espaço na Amazônia. Bol. Mus. Pará Emilio Gueldi, 6 (2), Belém.
- MARX, Kart. 1962. (1859) Prólogo a la Contribución a la crítica de la economía política. En Fromm, E. Marx y su concepto del hombre. FCE, México.
- MARX, Karl. 1986. (1869) El Capital. Crítica de la economía política. Tomo I. FCE; México.
- OCHOA, Valeria. 2001. Já estamos com os bárbaros dentro de casa. Entrevista a Altino Berthier Brasil. Revista Extra Classe, Sao Paulo.
- QUIROGA SANTA CRUZ, Marcelo. 1984. Hablemos de los que mueren. Ed. Tierra del Fuego. México.
- RAMOS, Alcida. 1998. Development does not rhyme with indian, or does it? En Indigenism, Ethnic Politics in Brazil. Madison: The University of Wisconsin Press. Cap. 7. Traducción de Carolina Azcune y Cecilia Mércuri. Octubre 2000. CEFyL.. UBA.
- RUGGERI, Andrés. 2000. Reforma agraria en el Brasil. De mano en mano N° 14. Octubre 2000.
- RUGGERI; Andrés. 2004. De la política del exterminio al indigenismo empresarial: los Waimiri Atroari y la Ocupación de la Amazonia. Tesis de Licenciatura. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- SABATINI, Silvano. 1998. Massacre. Edições Loyola. CIMI. Sao Paulo.

- SOUZA LIMA, Antonio Carlos. 1998. O governo dos índios sob a gestao do SPI. En História dos índios no Brasil. Carneiro da Cunha, Manuela (org.), Editora Schwarcz. Sao Paulo.
- SPYKMAN, Nicholas John. 1944. Estados Unidos frente al mundo. Fondo de Cultura Económica. México DF.
- THAUBY GARCÍA, Fernando. 1997. Políticas de EE.UU. hacia la región. Lógica, prioridades y estabilidad. En Documentos de la Universidad Arcis. Santiago de Chile.
- TRINCHERO, Héctor Hugo. 2000. Los Dominios del Demonio. Civilización y Barbarie en las fronteras de la Nación. Eudeba. Buenos Aires.
- VERBITSKY, Horacio. 2003. La confesión. Serie de cuatro artículos en Página 12, entre el 31/8 y el 3/9/03.

NOTAS

- ^[1] Aun cuando la influencia de esta doctrina se continúa hasta nuestros días, fue en esta época donde tuvo mayor hegemonía e influencia en los conflictos y la gestión de los estados latinoamericanos.
- ^[2] Ruggeri, A. 2004. De la política del exterminio al indigenismo empresarial: los Waimiri Atroari y la ocupación de la Amazonia. Tesis dirigida por el Dr. Héctor Hugo Trincherro, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- ^[3] La Escuela de las Américas fue fundada en 1946 y en ella el ejército norteamericano imparte a oficiales seleccionados de las Fuerzas Armadas latinoamericanas formación militar, ideológica y de técnica contrainsurgente, especialmente a partir de la Revolución Cubana. Funcionó en la Zona del Canal de Panamá hasta fines de los 90, simultáneamente con el Comando del Ejército Sur norteamericano que tenía asiento en el mismo lugar. Actualmente tiene asiento en el territorio continental de los EE.UU.
- ^[4] Aplicadas con anterioridad en Indochina y Argelia, y con influencia decisiva sobre los militares brasileños y argentinos. (Ballester, 1985; Gayoso, 1985 y Verbistky, 2003)
- ^[5] Y aun lo hace en conflictos como la guerra civil colombiana.
- ^[6] El SNI fue uno de los instrumentos más importantes de la represión a la oposición política a la dictadura, especialmente a partir de la normativa represiva AI-5 de 1968.
- ^[7] O “fronteras vivas”, que reflejaban un expansionismo de nuevo tipo, “brasilerizando” mediante la presión demográfica las zonas fronterizas de los países vecinos.

^[8] Definido por Golbery como “un ataque envolvente al territorio norteamericano vía Dakar, Brasil y las Antillas”. No es difícil ver que con las Antillas se refería a Cuba, y con Brasil a la región amazónica. Citado por Quiroga Santa Cruz (1984).

^[9] Donde la asociación con la potencia hegemónica de la época asume un papel central, como con el Imperio Británico en los años de la Guerra de la Triple Alianza, en la búsqueda del rol dominante para el país en el Cono Sur de América.

^[10] Marcelo Quiroga Santa Cruz, líder del Partido Socialista-Uno boliviano, fue el primer asesinado por el sangriento golpe de estado de García Meza y Arce Gómez, apoyados por la CIA y la dictadura militar argentina, el 17 de julio de 1980.

^[11] Nicholas J. Spykman (1893-1943), profesor de la Universidad de Yale, es considerado el padre de la geopolítica norteamericana, junto al almirante Mahan.

^[12] Citado en Quiroga Santa Cruz (1984). Publicado originalmente en el diario El Día, de México, el 18 de marzo de 1977.

^[13] Menos Cuba, como es obvio.

^[14] Según algunos, Friedrich Ratzel (1844-1904) fue el fundador de la geopolítica (Duvauchole, 1996).

^[15] Karl Haushofer (1864-1946), general alemán identificado con el nazismo y cuyas concepciones acerca de la geopolítica provocaron gran rechazo en los teóricos político-militares de los países que enfrentaron a Alemania en la Segunda Guerra Mundial.

^[16] Almirante norteamericano Alfred Mahan (1840-1914), teorizó sobre la naturaleza expansiva de los Estados.

^[17] Halford Mackinder (1860-1947)

^[18] Actualizada permanente por los diferentes think tanks que produjeron teoría de la dominación, como los llamados documentos de Santa Fe (del I al IV)

^[19] Táctica y Estrategia de la Guerra, juego de mesa que, no por casualidad, hizo furor durante la última dictadura militar argentina

^[20] E inclusive antes, pues Spykman escribe casi toda su obra en la década del treinta, y su último y decisivo libro “Los Estados Unidos frente al mundo” ve la luz en 1943 (1944 en castellano).

^[21] Sin embargo, no debemos pensar un ataque solamente en términos de guerra convencional. Para los teóricos de la geopolítica, y la Doctrina de la Seguridad Nacional es una muestra de ello, un ataque puede ser realizado de muchas formas, y posiblemente sea la última de ellas el empleo de fuerzas militares regulares. El equilibrio entre guerra y política que esto demuestra es discutido más adelante.

^[22] Ya era impensable, para ese entonces, el surgimiento de un movimiento como el de los “tenientes” de Luiz Carlos Prestes, que sacudieron el país en los años 30. De hecho, movimientos guerrilleros de izquierda surgidos del seno de las FF.AA., como

el del Capitán Lamarca, tuvieron escaso eco entre sus compañeros de armas y fueron salvajemente reprimidos.

[23] Entre los cuales sobresale por su nivel de paranoia un supuesto plan norteamericano, planteado por el Instituto Hudson en 1967, de inundar la región central de la selva amazónica para crear una suerte de mar interior, que se constituiría en una reserva hídrica e hidroeléctrica mundial. Aun cuando el planteo haya existido, tomárselo en serio es un síntoma de hasta donde llegaba la preocupación.

[24] Acto Institucional N° 5, del 13 de diciembre de 1968

[25] La llamada Campaña al Desierto comandada por el general Roca en 1879 fue simultánea a la Guerra del Pacífico que enfrentó a Chile con Bolivia y Perú (1879-1883)

[26] Como la célebre campaña de Canudos contra Antonio Conselheiro, en 1896-97.

[27] Es decir, a partir de la política de demarcación de tierras basado en la Constitución de 1988.

[28] La BR-174 es la ruta que atraviesa el territorio Waimiri Atroari; la Transamazónica une la ciudad costera de São Luiz, capital del estado nordestino de Maranhão, con el estado de Acre, fronterizo con Perú, atravesando la selva en sentido Este-Oeste; la Perimetral Norte intentó hacerlo en el mismo sentido yendo en forma paralela a la frontera con las Guyanas; y la BR-319 une Porto Velho, capital de Rondônia, con Manaus. Salvo la BR-174, las demás son prácticamente intransitables en la actualidad.

* Fuente: *lajiribilla.cu*



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME:

<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.